

## El vestido nuevo del príncipe Felipe

Una cosa es la retórica política vacía y otra, muy diferente, la sobriedad de una gestión pública impecable. En València sabemos mucho de eso porque la primera abunda y la segunda es un bien escaso. Los políticos nos han acostumbrado a las grandes palabras, los gestos grandilocuentes, los fuegos artificiales, tan espectaculares como efímeros. Pero ahora que la crisis desploma la carcasa hueca y ha dejado al aire las vergüenzas y la fragilidad del sistema, nos percatamos de que todo era un espejismo. Hace seis años el gobierno valenciano sacaba pecho con la inauguración de un nuevo instituto de investigación, el Centro de Investigación Príncipe Felipe (CIPF). Tras el pomposo nombre emergía la promesa de un entramado científico de primera línea dedicado a la biomedicina. Nacía con un presupuesto espectacular, si se comparaba con otros centros de investigación cercanos. Parecía que se quería imitar otras aventuras científicas de éxito, como los centros biomédicos de Barcelona. Pero ya de entrada sorprendían las grandes diferencias, empezando por su ubicación, muy lejos de los campus y de los hospitales. Cuentan los testimonios más directos que, desde el inicio, allá se disparaba con pólvora de rey. Seis años después, sin una consolidación definitiva, le llega la hora de la liquidación por derribo.

Hace unos días el presidente Fabra había presumido de su apoyo a la investigación científica, delante de los galardonados con el premio Jaume I en ediciones anteriores. Poco después se otorgaban en la Llotja dels Mercaders de València los premios Jaume I de este año. En nombre de los premiados habló el empresario Juan Roig, artífice del emporio Mercadona. Roig reivindicó la cultura del esfuerzo como fórmula para hacer frente a la crisis. Unos metros más allá escuchaba el discurso el galardonado con el premio a la investigación clínica, el profesor Carlos Simón, director científico dimisionario del CIPF. Casi a la misma hora, el departamento de recursos humanos de CIPF anunciaba por correo electrónico el inicio oficial de un Expediente de Regulación de Empleo, consecuencia del abatimiento económico del centro al que lo ha condenado el gobierno valenciano... por mucho que le tiren las culpas al gobierno de Zapatero. El ERE afecta a 108 trabajadores, reduce a 12 las líneas de investigación del centro –alguna de ellas conducida a una situación inviable– y se lleva por delante, entre otras cosas, el esfuerzo y la ilusión de seis estudiantes con su tesis doctoral inacabada. Veinticuatro horas más tarde, Rubén Moreno comunicaba a todo el CIPF que había dejado la dirección general del centro por figurar en un lugar de salida en las listas electorales del PP al Congreso de los Diputados. Al día siguiente sabíamos por los medios de comunicación que un torneo de golf propiciado por el expresidente de la Diputació de Castelló, el otro Fabra, recibirá 3 millones de euros de los exiguos presupuestos de la Generalitat. ¿Suena muy irónico?

El resultado de lo vivido en solo una semana es que frente al discurso oficial de la excelencia, la internacionalización, el esfuerzo y el apoyo del gobierno valenciano a la investigación, la realidad es que el presidente de la Generalitat, su consejero de sanidad y el buque insignia valenciano de la investigación biomédica van completamente desnudos. El director científico dimite, el director general se escapa –ninguno de los dos con las manos vacías–, el CIPF queda tocado de muerte y más de cien trabajadores se asoman al abismo del paro por la gestión poco ejemplar de todos los responsables (incluyendo el eterno asesor áulico, Santiago Grisolfá). Queda la frustración de muchas ilusiones, de mucha pasión por la ciencia, de mucho voluntarismo. Es la triste constatación del gran engaño de la política valenciana, de la política de escaparate que dilapida el patrimonio de todos en negocios oscuros que benefician a unos pocos. Y que juega obscenamente con nuestro futuro.

**JULI PERETÓ**

EL BUIT DEL TEMPS

<http://blocs.mesvilaweb.cat/pereto>